

“Los sonidos de la aurora”

# Aproximación a una crítica literaria



Georgina Meneses

**E**n esta conjunción poética de historia y novela que nos da Carlos Morales en su relato de la guerra civil nicaragüense y, más tarde, del arribo al poder y los años de gobierno de los sandinistas, con todas sus vicisitudes y efectos colaterales en Costa Rica; destaca el buen uso que hace de la técnica narrativa por antítesis. Con ella nos va resaltando no sólo hechos y situaciones, sino también prejuiciadas apreciaciones, tan comunes en nuestro medio. Por ejemplo, dice Julio: “Y entonces, mi querido Rogelio, es de allí de donde saqué la conclusión de que ese es un pueblo echado, aciguatado, sin temperamento para nada. Rogelio, quien en este momento hace de contraparte, responde: “Está bien Julio, te reconozco algo de razón, pero siento que tu misma juventud es la que te precipita a juicios radicales”.

Debo confesar que al principio del relato, me molestaba no sólo la conducta despectiva de Julio, sino también su soberbia al establecer comparaciones entre el pueblo costarricense y el nicaragüense. Pero, cuando ya no daba más, y tenía ganas de mandar al tal “Julio”, bueno, no sé donde... me doy cuenta de que, muy sutilmente, se van trastrocando los papeles tanto de los personajes protagónicos, como de las situaciones, hasta llegar a la “gran voltereta”. Es decir, se mantiene el “juego” antitético, pero cambiando las posiciones, con el objeto de que éstas destaquen “en alto relieve”. Salta entonces a la vista la muy bien meditada intención del autor.

Han cambiado de rumbo los puntos de vista: la venda con la que habían sido cubiertos los ojos de Julio, por la maliciosa desinformación, cae. Pero mientras éste, reconoce que ha sido engañado y con mirada limpia, trata de corregir su error, Rogelio, conscientemente y por conveniencia personal, no sólo tupe más su venda sino las de los otros a través del periódico que le ha tocado “en suerte” dirigir. Linda imagen comparativa. Veo resurgir a Julio del fango de la mentira en el que las circunstancias lo sumieron, mientras Rogelio, el viejo periodista, voluntariamente se revuelca en él.

Pero el objetivo del autor no es sólo darnos lindas figuras literarias. Así, a través de estas acciones contrapuestas, nos iremos informando también, de la manipulación política a la que estamos sometidos, de cómo se usan todos los medios posibles para sumirnos en el limbo de la desinformación, de cómo se aprovechan las debilidades humanas, sobre todo la desmedida ambición, para que fructifiquen en beneficio del fin perseguido: el sometimiento incondicional de los pueblos. s “-¿Cómo andan las cosas por San José?

-Mal, mi general: hay una campaña que acusa a sus hombres de comunistas y el pueblo ha comenzado a creerse la infamia de que ustedes son unos bandoleros. Los diarios insisten en eso y los yanquis sobornan muy bien a los que ayudan. Por eso me vine... por vergüenza, señor. Soy periodista.”

“Soy periodista”. Inevitable salirse de la fábula a la realidad para preguntarse: ¿Si todos los periodistas tuvieran la honradez de Julio? ... Quizás entonces sería menos ardua nuestra lucha por la libertad. La verdadera, no la mítica, no la que nos hacen ver a través de nuestras sutiles vendas.

Pero si un personaje tiene entre sus virtudes, la de hacernos saltar a la realidad para reflexionar sobre ella, es indiscutible que es un personaje bien delineado. Y así los considero, sobre todo a los dos principales: Julio y Rogelio. La transformación de ambos se va llevando paulatinamente, en forma creíble, empujada por causas reales pero, claro, con distintos efectos, de acuerdo con la amalgama de valores, virtudes y defectos con la que está compuesta la naturaleza de cada uno de ellos. Los creo, pues, auténticos y más valiosos si en ellos está reflejada una “realidad exterior”.

Porque, no olvidemos que la obra de Carlos, no es sólo ficción, es también historia y sobre todo, es denuncia. □